

que llevó á muchas misiones, complaciéndose en instruirle de viva voz, ó por cartas, cuando estaban separados, y al fin le ordenó Obispo de Creta, sin que sepamos con exactitud la época fija de su Episcopado, ni el tiempo en que esta Isla recibió el Evangelio.

Se propagó hasta la Iglesia de Antioquía el falso celo de los cristianos judaizantes, antes del Concilio de Jerusalem. No cabe duda de que el Príncipe de los Apóstoles á quien se da unas veces el nombre de Pedro, y otras el de Cefas, estaba entonces en Oriente, despues de haber salido de Roma, y se ignora la causa de haber dejado aquella capital; pues la que se señala del destierro de los Judíos por el Emperador Claudio es muy incierta; y los Cronologistas varían mucho sobre el año en que acaeció. Mas sea lo que fuere de las demás circunstancias, es indudable que Pedro ó Cefas se hallaba en Siria el año en que se celebró el Concilio Apostólico, y segun la opinion de San Agustin antes del Concilio tuvo en Antioquía con el Apóstol de las gentes, la disputa que algunos críticos se esfuerzan inútilmente en atribuir á otro Cefas: véase aquí como lo refiere el grande Obispo de Hipona (1).

65. Sabia muy bien Pedro despues de la vocacion del Centurion Cornelio que ya no se debia hacer ninguna distincion entre los fieles de la Circuncision y los incircuncisos; por lo que no ponía reparo

(1) *August. Epist. ad Hieronym. et lib. 2. de Baptism. cont. Donat.*

en tratar con las gentes, ni aun en comer con ellos. Pero habiendo venido á Antioquía algunos hermanos de Jerusalem, temió disgustar á aquellos hombres llenos de preocupaciones, y acostumbrados á guardar todas las observancias de la ley; y entonces se separó de los Gentiles manifestando especial repugnancia de comer con ellos. Llevaron estos muy á mal semejante conducta, la que no solo imitaron los Judíos convertidos, á vista de un ejemplo de tan grande autoridad, y por otra parte tan conforme á su disposicion habitual; sino que tambien Bernabé compañero de San Pablo y su socio en el Apostolado de las naciones, usó de la misma disimulacion y tibieza. Conmovieron vivamente el corazon de Paulo todos estos motivos, tan tierno para sus amados Gentiles, y para cortar el mal en su raiz, resistió públicamente á Cefas (1); esto es, usó con libertad del derecho que tienen todos los Obispos de amonestar al primero de ellos cuando su falta ó inadvertencia interesa al cuerpo de la Iglesia, y hay peligro de que el silencio acreciente el escándalo. „Si tú que eres Judío, le dijo á San Pedro delante de todos, vives al modo de los Gentiles, y no como los Judíos, ¿cómo no adviertes que desmintiendo ahora tu primer porte, impones á todas las naciones la obligacion de seguir el Judaismo?“ Escuchó el Príncipe de los Apóstoles la reconvenccion de su inferior con la mas edificante modestia, reconoció el riesgo de una condescendencia tan abusiva por los Judíos, y ordenó con mas

(1) *Epist. ad Galat. cap. 2. v. 11. y sig.*

cuidado sus acciones á la libertad del Evangelio y á su propio convencimiento.

66. Hubo muchos entre los discípulos venidos de Judea, que de concierto con el Heresiarca Cerinto permanecieron indóciles. Habia partido para Jerusalem el Príncipe de los Apóstoles, cuando llegando á lo sumo la obstinacion, y acalorándose mas y mas la disputa á pesar de la sabia conducta de San Pedro y el celo de San Pablo á quien acusaban de parcialidad en favor de los Gentiles, se creyó que para dar fin á esta controversia, era necesaria una decision solemne del Colegio Apostólico presidido por su Cabeza, y se acordó que Pablo y Bernabé fuesen á Jerusalem, con algunos del partido opuesto, para consultar al Espíritu Santo que segun la promesa del Salvador, se manifestaria en semejantes casos por el órgano de los primeros Pastores.

67. Celebróse el año 51 el primero de los Concilios, que sirvió de modelo á todos los siguientes. Convocó la asamblea el Príncipe de los Apóstoles invitando á todos sus colegas en el Apostolado que pudieron encontrarse, y á los principales Pastores ú Obispos, con los Sacerdotes y Ancianos de mas opinion en la gerarquía Eclesiástica (1); no porque estos últimos (los Sacerdotes y Ancianos) tuviesen voto decisivo por su estado, ni derecho de juzgar, cuya prerogativa la concedió su divino Autor á la plenitud del Sacerdocio en el carácter de los Apóstoles; sino para que dijese todo lo que habian oido á los

(1) *Act. Apost. cap. 15. v. 6. y sig.*

Apóstoles ausentes ó al mismo Jesucristo. Informados de la tradicion se discutió con madurez, y todos tuvieron entera libertad para esplicarse hasta el punto de la decision, y verificada ésta solo se trató de conformarse con ella y de llevarla á efecto. Presidió el Concilio Pedro el primero de los Papas, entabló la cuestion, y espuso su dictámen antes que todos los demás, recordándoles como el Señor despues de la publicacion del Evangelio en Judea, le habia mandado tambien instruir á los Gentiles en la persona de Cornelio. De aquí concluyó que seria tentar á Dios el imponerles un yugo y una obligacion que no era necesaria en sí para salvarse, ni aun respeto á los mismo Judíos. Apoyaron este dictámen Pablo y Bernabé, refiriendo que habiéndole puesto en práctica habia Dios obrado muchos prodigios por medio de ellos en las funciones de su ministerio con los Gentiles. Mostróse no menos celoso de la libertad de las naciones, Santiago Obispo de Jerusalem, esto es, de una Iglesia compuesta de fieles circuncisos, entre los cuales habia muchos de la secta de los Fariséos, que todo lo sujetaban á la ley de Moisés; y es de advertir que no solo suscribió á la decision de Pedro; sino que dijo espresamente que así lo creía; manifestando la conformidad de su dictámen con los libros sagrados. Aprobó todo el Concilio esta determinacion, y pasaron á tratar de los medios de hacerla saber á la Iglesia donde habia tenido principio la disputa. Eligieron para este efecto (1) á Judas, llamado tambien

(1) *Act. Apost. cap. 15. v. 22. y sig.*

Bársabas , y á Silas , agregándolos á Pablo y á Bernabé , á fin de evitar todo recelo de desconfianza que pudieran tener de los dos últimos , por haber sido los promovedores del decreto. Demuestran su infalibilidad los términos en que estaba concebido. „Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros , no imponeros otra carga que la de que os abstengais de los manjares inmolados á los ídolos , de la sangre y de la carne de los animales ahogados , y de la fornicacion.” La corrupcion del paganismo habia obscurecido de tal modo este último artículo á pesar de prohibirlo la ley natural , que se juzgó preciso renovar la prohibicion de una manera formal y positiva. Así aplica la Iglesia las luces de la revelacion sobrenatural á otros muchos puntos de la ley grabada en nuestras almas por la mano del Criador , pero casi borrada por el desórden de las pasiones. Recibió la epístola sinódica la Iglesia de Antioquía con el respeto que era debido ; y sucedió la paz y la concordia mas perfecta á la disputa que conmovió tanto las conciencias.

He aquí el órden de los hechos seguido por San Agustin en la relacion de la famosa disputa entre Pablo y Cefas ; pero aun cuando se señale la época despues del Concilio Apostólico ¿ qué se podrá inferir contra el Vicario de Cristo ? Si , como no puede dudarse , Cefas es el mismo que Simon Pedro , edificó mucho mas á la Iglesia con su egemplar humildad , que quanto pudo escandalizarla su condescendencia por los cristianos judaizantes. No se trataba de la

doctrina , ni por consiguiente de ningun error ; sino solo de un punto de disciplina y de conducta en la cual ningun Papa se ha tenido por irreprochable , pues nunca han creído ser impecables. En esta ocasion la falta de Pedro , ó que San Pablo le reprendia , no era rigurosamente un defecto : solo se agitaba una cuestion de hecho , y no de la intencion que solo Dios conoce ; no siendo presumible que quisiese juzgar de ella la caridad de un Apóstol. Dos cosas hay que discernir en el hecho mismo , la materia ú objeto de la accion y el efecto que esta producía : en cuanto á la accion no puede decirse que sea en sí culpable , pues tenia por objeto las observancias legales que aun no estaban prohibidas , y que en ciertas ocasiones convenia practicar , como lo egecutó muchas veces el mismo San Pablo. Luego este Apóstol solo pudo reprender en Cefas el que contra su intencion abria la puerta á muchos inconvenientes ; es decir , que el egemplo de Cefas podia obligar á los Gentiles á judaizar , y que San Pablo consagrado enteramente á su instruccion , y conociendo mas bien sus disposiciones que el Príncipe de los Apóstoles , ocupado de la solicitud de todas las Iglesias , tuvo valor para advertírsele en el momento crítico , y el consuelo de ver que la virtud de Pedro hizo que evitase luego el peligro. Es mucho menos importante este hecho de Cefas á egemplo de otros muchos puntos de disputa , que lo que intenta persuadir el atizador ingenio de los escritores de partido.

Los diputados del Concilio , Judas y Silas , propu-

sieron volver á Jerusalem despues que la tranquilidad quedó perfectamente restablecida entre los fieles de Antioquía; pero estos dos ángeles de paz se habian grangeado la estimacion y afecto de todos durante el tiempo de su comision; y como eran Profetas, esto es, estaban revestidos del carácter Episcopal, segun la interpretacion mas plausible de estas espresiones de la Escritura, la eminencia de su dignidad solo sirvió para realzar mas su modestia y sabiduría. Manifestaron los Antioquenos tanto pesar de perderlos, cuando se trató de su partida, que ellos se separaron sin que sepamos el motivo. Regresó Judas solo á Jerusalem, á dar cuenta de su diputacion, y Silas permaneció con los fieles de Siria; disponiéndolo así la Providencia, para que en adelante fuese el compañero mas fiel de San Pablo en sus trabajos.

68. Abrasaba al Apóstol un celo tan ferviente, que el descanso le parecia mas violento que las mayores fatigas; y así apenas estuvo algunos dias con sus discípulos para consolarlos, propuso á Bernabé su socio ordinario ir á visitar las Iglesias que habian ambos edificado (1), para reconocer si la divina semilla habia fructificado, ó si se hallaba sufocada por algunos enemigos á quienes solo pueden vencer los principales Pastores. Al punto se preparó Bernabé á seguirle, y propuso llevar en su compañía á Juan Marcos, que se habia separado de ellos en Panfilia; pero San Pablo le replicó, que no habiendo podido ó querido sufrir al principio aquel mozo los trabajos Evangé-

(1) *Act. Apost. cap. 15. v. 36. y sig.*

cos, no convenia esponer sus débiles fuerzas á otras nuevas fatigas. Inspiraba el afecto de la sangre á Bernabé distintos pensamientos, y habiéndose resistido San Pablo porque creía interesarse en ello el honor de su ministerio, se separaron por esta causa los dos Apóstoles, queriendo Dios darnos no solo ejemplos de moderacion en la diversidad de dictámenes, que pueden tener los mas grandes hombres, sino tambien ocultando con el velo de esta desavenencia los desig-nios de su misericordia para con los diversos pueblos que los dos Apóstoles separados habian de convertir en mayor número. Regresó Bernabé á la isla de Chipre con Juan Marcos, y San Pablo acompañado de Silas, recorrió la Siria, la Cilicia, y llegó hasta Licaonia.

69. Descubrió el Apóstol en Listra á un discípulo llamado Timoteo (1), hijo de una Judía ya cristiana, y de un Gentil que adoraba al verdadero Dios. Eran testigos todos los fieles de Listra y de Iconio, y publicaban la virtud de aquel mozo; por lo que se le agregó á sí el Doctor de las naciones; y no tuvo dificultad de circuncidarle á causa de los Judíos del pais que le conocian, y sin este requisito le hubieran mirado como enemigo de la ley. Atravesaron juntos sin detenerse la provincia de Asia, siguiendo el impulso del Espíritu Santo que llamaba al Apóstol á Macedonia.

70. San Lucas comenzó, segun se cree, en este viage á seguir al Apóstol que era pariente suyo, pues

(1) *Act. Apost. cap. 16. v. 1. y sig.*

desde esta época se habla de él en la historia de los hechos de los Apóstoles, que el mismo escribió. Era este un médico de Antioquía, hombre de talento y estudio, y versado en la lengua griega, que escribía con mas pureza que los demás autores Apostólicos (1). Desde el punto en que se reunió al Apóstol de las gentes le acompañó siempre con la mayor constancia, á pesar de las fatigas, de los peligros y de los ejemplos de flaqueza que ofrecieron otros muchos discípulos. Sirvió á San Pablo de intérprete como San Marcos á San Pedro: compuso su Evangelio á su imitación de lo que habia oido á su maestro, quien aprobó y adoptó esta obra, como se ve en varios pasages de sus epístolas donde le cita y recomienda.

San Pablo se hizo á la vela para Macedonia en Troade, ciudad de la Asia menor, edificada cerca de las ruinas de la antigua Troya, y llamada tambien Alejandría y Antioquía. Como se le apareciese un Macedonio en cierta vision nocturna, convidándole á pasar á su patria se dió prisa por llegar á Filipos, colonia Romana en la provincia de Macedonia. No tenian allí Sinagoga los Judíos, sino solo un lugar destinado á la oracion fuera de la ciudad, lo mismo que en otros sitios donde solo eran tolerados.

71. Convirtió el Apóstol en el primer dia de sábado (2) á una comercianta de púrpura llamada Lidia, natural de Tiatira, ciudad de la Misisia, ó del

(1) *S. Hieronym. de Scriptor. Eccles. Nicef. lib. 2. cap. 43.*  
*S. Gregor. Nazianz. orat. 1. in Julian.* (2) *Act. Apost. cap. 16. v. 14.*

Asia menor. Adoraba ya esta muger al verdadero Dios, y asistía al oratorio con las mugeres Judías: dispúsose en corto tiempo para el bautismo, que recibió con toda su familia, y despues rogó al Apóstol se hospedase en su casa.

72. Otro dia de sábado en que iban todos al lugar de la oracion, notaron que los seguia una muger jóven poseida del demonio, la que con sus adivinanzas proporcionaba un considerable lucro á los amos á quienes servia (1). Miró con mucho espanto á San Pablo y sus compañeros, y exclamó diciendo: „estos hombres son los ministros del Dios Supremo que nos enseñan el camino de la salvacion.” Repitió esto mismo por muchos dias, pero el Apóstol despreciando tanto los elogios como los ardidés del espíritu maligno, le dijo: „yo te mando, en nombre de Jesucristo á quien anuncio, que salgas al instante del cuerpo de esa infeliz;” y al punto la abandonó.

73. Irritados los amos de aquella muger al ver que se les escapaba su ganancia, sublevaron al pueblo y á los Magistrados que en el primer movimiento de su furor dejaron azotar con varas á San Pablo y á Silas, y los pusieron en prision (2). Un violento terremoto á la media noche conmovió el edificio hasta sus cimientos, rompiéronse las cadenas, abriéronse todas las puertas, despertóse el carcelero, y juzgándolo todo perdido echó mano á la espada para matarse. El Apóstol olvidando su propio interés, exclamó: „¿por qué intentas el quitarte la vida? Todos

(1) *Act. Apost. cap. 16. v. 16. y sig.* (2) *Ibid. v. 20. y sig.*

estamos aquí sin faltar ninguno." Sosegóse entonces el vigía, hizo traer luz, y lleno de una admiración muy diversa de la primera, á vista de sus bienhechores, se postró á los pies de San Pablo y Silas; despues los llevó á su habitacion pidiéndoles con tanta fe como agradecimiento le enseñasen lo que debia hacer para salvarse. Se cree que ya conocia al verdadero Dios, como la mercadera Lidia, pues tardó muy poco en recibir el bautismo con todos sus parientes.

74. Habian calmado entre tanto la noche y el sueño los ánimos sediciosos de los Filipenses, y á la mañana siguiente se dió orden para poner en libertad á los presos; pero el Apóstol con una noble entereza (1) „¿así se satisface, dijo, á un ciudadano Romano maltratado en estos términos sin orden ni formalidad legal?" Tenia efectivamente los derechos de tal ciudadano, como todos los habitantes de Tarso sus compatriotas, en recompensa de haber sido fieles á los dos Césares Julio y Augusto en sus guerras civiles. El Apóstol juzgando que convenia á los ministros Evangélicos pedir satisfaccion de una injuria que los infamaba, exigió que los Magistrados viniesen en persona á desagraviar en algun modo su ministerio envilecido, y á ponerles en libertad con honor. Al punto que supieron que era ciudadano Romano, temieron que la queja llegase al Senado; y mucho mas porque este tenia ordenado que en todas las causas se justificasen plenamente los delitos, antes de pro-

(1) *Act. Apost. cap. 16. v. 35. y sig.*

ceder al castigo. Conocian el esceso que habian cometido los Magistrados de Filipos, y se sujetaron á hacer lo que San Pablo queria, y vinieron á pedir modestamente á los prisioneros que aceptasen la libertad y olvidasen lo pasado, atribuyéndolo á la conmocion popular cuyas consecuencias eran temibles. Suplicáronles al mismo tiempo se ausentasen de la ciudad cuanto antes, para estorbar que el pueblo indocil volviese á levantar otra nueva sedicion. Dirigiéronse Pablo y sus compañeros sin mostrar cobardía ni darse prisa para que su salida no pareciese un destierro, á visitar á la piadosa Lidia su huésped, y animando con sus exhortaciones á todos los demás fieles tomaron el camino de Anfípolis y Apolonia (1), y llegaron á Tesalónica capital de toda la provincia de Macedonia. Habia una Sinagoga en esta ciudad, y San Pablo acudió á ella segun su costumbre: convirtieronse algunos Israelitas y mucho mayor número de Gentiles que á su ejemplo adoraban al verdadero Dios. No pudieron los Judíos obstinados mirar con tranquilidad estas conversiones, y con sus ardidés obligaron al Apóstol á retirarse á Beréa. Persiguiéronle allí tambien, y como el odio era personal partió solo para Atenas, mandando á Silas y Timoteo que despues fuesen á reunírsele.

75. Solo conservaba de su antiguo esplendor esta ciudad, en otro tiempo tan poderosa y la principal de Grecia, la cultura de algunas artes liberales. Atenas era el centro de la curiosidad y de las disputas,

(1) *Act. Apost. cap. 17. v. 1. y sig.*

especialmente sobre materias filosóficas y opiniones extraordinarias. No conocían otra ocupacion los naturales y los forasteros, que eran en tanto número como los ciudadanos, que la de contar y oír novedades. Pueden adivinarse con facilidad cuantos obstáculos hallaria el Apóstol para sus fines, en unos espíritus tan frívolos, que llevaban al extremo las observaciones y especulaciones idolátricas. Procuró sin embargo sacar partido de estas mismas disposiciones tan opuestas al Evangelio.

Habia principiado ya sus discusiones con las dos sectas dominantes de Estóicos y Epicúreos (1), que admirados de la novedad de las cosas que predicaba el Apóstol, y especialmente de la Encarnacion del Verbo Eterno, y la resurreccion de los cuerpos, le llevaron al Areópago, que era el tribunal donde se juzgaban las causas de la mayor importancia, para que allí esplicase con mas estension su doctrina.

Presentóse el Apóstol en aquella asamblea tenida por el oráculo de toda la Grecia, y habló en estos términos. „He observado, Atenienses, desde que estoy en esta ciudad, que os aventajais á todos los demás pueblos por vuestra aficion á todo género de cultos religiosos. Notando de paso los diferentes objetos de vuestra veneracion, he leído en un altar la inscripcion que dice: *Ignoto Deo, al Dios desconocido*. Ahora pues, lo que vosotros adorais sin conocerlo, es lo que yo vengo á anunciaros; esto es, al Criador del cielo y de la tierra y de todas las cosas que con-

(1) *Act. Apost. cap. 17. v. 18. y sig.*

tienen, el que siendo Señor de este vasto universo ha dejado en todas partes impresos los señales de su grandeza, sin encerrarse en los templos hechos por mano de hombres. Nuestras adoraciones ni respetos no los exige porque necesite de ellos, pues ha dado la vida y el ser á todo lo que respira. Él crió al género humano de un solo hombre, á quien formó con sus propias manos, y distribuyó las familias y naciones por toda la superficie de la tierra, para que por la contemplacion de sus obras, llegasen á conocerle y acercarse á él; no porque esté lejos de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos, segun aquellas palabras de uno de vuestros poetas: somos hijos de Dios y venimos de su linage. Siendo pues como somos hijos de Dios, y obra de sus manos, nos apartaríamos de los principios de la razon que nos ha inspirado, y degeneraríamos indignamente de la nobleza de nuestro origen si adorásemos á unas figuras de piedra y metal, y concediésemos la divinidad á las obras de los mortales. Mas el Todopoderoso no queriendo ya sufrir estos monstruosos errores, ni la horrenda corrupcion en que encenagan á los hombres, les anuncia hoy que se dispongan para el dia fatal, en que nos ha de juzgar con terrible severidad. Se aproxima este término, y ha revestido de su autoridad á su Hijo hecho hombre que despues de haber padecido muerte para nuestra salvacion, ha resucitado del sepulcro como os lo afirmamos con otros muchos testigos irrecusables.”

Guardaron silencio aquellos hombres vanidosos,